

Mayo del 68 y la revolución democrática

La revuelta de mayo del 68 expresó una filosofía de fondo que pretendía llevar a sus últimas consecuencias la ideología democrática plasmada en las revoluciones norteamericana y, especialmente, la francesa del s. XVIII. Lo ocurrido en 1968 fue no solo radical, sino que peculiar, pues la realizaron los “hijos de papá” democráticos, que no estaban acostumbrados a la dureza de la vida; por ello, se les pudo ocurrir “exigir” -la palabra “pedir” desapareció del lenguaje político- total libertad e igualdad. Como afirma Rafael Alvira (2011, 2024), durante el siglo XX, al no comparecer la “mano invisible” que rectificaría de por sí los desajustes originados por la sociedad liberal, parecía hacer falta una mano visible: el Estado. Este tenía que encargarse de hacer real la fórmula del nuevo humanismo democrático: los seres humanos somos libres e iguales. En esto, liberalismo y socialismo coinciden en la fórmula, pero difieren en el método para alcanzarla. Fracasado aparentemente el camino liberal, solo quedaba abierto el socialista; pero, a su vez, este condujo al Gulag. Tras el desencanto con el liberalismo y el socialismo real, a la democracia le quedaba prácticamente una sola opción: resucitar la utopía anarquista. El sesentay ocho fue en buena medida eso; creyó madura la sociedad para -al menos entre las generaciones jóvenes- instaurar el ideal democrático de libertad e igualdad sin restricciones. Con ello, se vio enfrentado desde el primer momento con la tarea de explicar algunas dificultades fundamentales: justificar la posibilidad de una libertad y una igualdad humanas absolutas y, consiguientemente, la realización de ambas en el contexto de una sociedad política democrática. El concepto de libertad absoluta es paradójico. Si se es libre de algo, se presupone ese algo, y si se es para algo, se presupone igualmente la idea de aquello que se quiere alcanzar. Es decir, no puede librarse de los condicionamientos y, por lo tanto, no es absoluto. Si se mantiene que lo absolutamente absoluto es la fuerza misma de la libertad, el problema es que no hay potencia sin resistencia y, por consiguiente, tampoco desde ese punto de vista es absoluta. En fin, la libertad absoluta =por lo menos, la humana- no resulta realizable. La idea de igualdad absoluta, llevada a sus últimas consecuencias, es también una imposibilidad, pues al no ser identidad, supone el absurdo de dos realidades absolutamente iguales menos en su existir mismo, pero ello haría imposible cualquier relación y, así, la idea misma de igualdad. La incomunicabilidad absoluta es ilógica. Mirada la cuestión de una forma complementaria, la libertad absoluta no debe responder a nadie: es esencialmente irresponsable; y la igualdad absoluta supone que puede evitarse toda relación de subordinación. Es insensato. Lo que resulta es la utopía igualitarista individualista, la nunca satisfecha “revolución democrática”. En ella sigue hasta hoy inmersa la política (también la chilena), con todos sus dislates y perjuicios.

Álvaro Pezoa .

Director Centro de Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U. de los Andes

El momento Milei

Yanina Welp
Geneva Graduate Institute
Red de Políticas



Javier Milei llegó a la Presidencia de Argentina aupado por el voto en contra del kirchnerismo corrupto, la inflación disparada y un Estado percibido como elefantásico e ineficiente. Construyó su autoridad en base a su carácter de *outsider* (no es de la “casta”), su perfil de economista (“sabe”) y su estilo visceral (escenificando la “bronca” acumulada). Ahora, ¿qué pasaría si se descubre que Milei también es corrupto? ¿Y si no sabe nada? ¿Y si en lugar de venir a recuperar la grandeza perdida (¿existió alguna vez?), no es más que un empleado de Elon Musk y otros multimillonarios tech?

Los detalles del escándalo de la criptomoneda \$Libra son muy conocidos. El viernes 14 de febrero en la noche, la grieta en los medios era ¿ignorante o estafador? Cualquiera respuesta lo dejaba mal parado. El domingo 16, estalló otro escándalo por la difusión de un video no editado en que el asesor presidencial Santiago Caputo cortaba el diálogo con un periodista del canal TN en la parte en que Milei defendía su actuación como un acto privado, pero también que la estrategia de defensa la prepararía el ministro de Justicia. En los días siguientes seguirían saltando denuncias (e incoherencias). Muchas apuntaban a Karina Milei como receptora de coimas, todo aderezado por personajes muy frikis afectados por la estafa. El jueves 20, Milei se fue a Estados Unidos con Karina, su ministro de Economía, Luis “Toto” Caputo (exministro de Mauricio Macri), y el vocero presidencial Manuel Adorni. ¿Fin del escándalo o fin del “momento Milei”?

El análisis tiene tres patas: judicial, político-institucional y popular. En lo judicial, se abrió una causa en Argentina –por estafa, tráfico de influencias y negociaciones incompatibles con la función pública– y se prevén otras en Estados Unidos. Pero los tiempos de la justicia, en el mejor de los casos, son lentos y es difícil imaginar que cualquier resolución vaya a afectar al Presidente en lo inmediato. Sobre las reacciones político-institucionales, Milei ha dado orden de que se abra una investigación a la Oficina Anticorrupción, que depende de Presidencia (juez y parte, sin palabras), mientras no se reunieron los votos para abrir una comisión investigadora en el Congreso. La ciencia política muestra que los juicios políticos –frecuentes en la región– proceden más condicionados por los cálculos estratégicos de la oposición que por las dimensiones morales del escándalo. En un sistema político en erosión como el argentino, el momento es de cálculo individual (con radicales y republicanos golpeando a las puertas de La Libertad Avanza) y disputas de poder intrapartido (dentro del peronismo). No se ve en el horizonte ninguna estrategia partidaria ni alternativa de gobierno en la oposición.

Por último, el apoyo popular: Milei sale golpeado, pero resbalón no es caída. Pérdida de autoridad, pero en circuitos muy limitados. El público demuestra atención selectiva en un escenario crítico en que la inflación sigue su ruta de desaceleración y se han observado mejoras en algunos indicadores. La economía dirá cuánto dura el momento Milei.

Mayo del 68 y la revolución democrática

Álvaro Pezoa
Director Centro de Ética y
Sostenibilidad Empresarial, ESE
Business School, U. de los Andes



La revuelta de mayo del 68 expresó una filosofía de fondo que pretendía llevar a sus últimas consecuencias la ideología democrática plasmada en las revoluciones norteamericana y, especialmente, la francesa del s. XVIII. Lo ocurrido en 1968 fue no solo radical, sino que peculiar, pues la realizaron los “hijos de papá” democráticos, que no estaban acostumbrados a la dureza de la vida; por ello, se les pudo ocurrir “exigir” –la palabra “pedir” desapareció del lenguaje político– total libertad e igualdad.

Como afirma Rafael Alvira (2011, 2024), durante el siglo XX, al no comparecer la “mano invisible” que rectificaría de por sí los desajustes originados por la sociedad liberal, parecía hacer falta una mano visible: el Estado. Este tenía que encargarse de hacer real la fórmula del nuevo humanismo democrático: los seres humanos somos libres e iguales. En esto, liberalismo y socialismo coinciden en la fórmula, pero difieren en el método para alcanzarla. Fracasado aparentemente el camino liberal, solo quedaba abierto el socialista; pero, a su vez, este condujo al Gulag. Tras el desencanto con el liberalismo y el socialismo real, a la democracia le quedaba prácticamente una sola opción: resucitar la utopía anarquista. El sesentayochismo en buena medida eso; creyó madura la sociedad para –al menos entre las generaciones jóvenes– instaurar el ideal democrático de libertad e igualdad sin restricciones. Con ello, se vio enfrentado desde el primer momento con la tarea de explicar algunas dificultades fundamentales: justificar la posibilidad de una libertad y una igualdad humanas absolutas y, consiguientemente, la realización de ambas en el contexto de una sociedad política democrática.

El concepto de libertad absoluta es paradójico. Si se es libre de algo, se presupone ese algo, y si se es para algo, se presupone igualmente la idea de aquello que se quiere alcanzar. Es decir, no puede librarse de los condicionamientos y, por lo tanto, no es absoluto. Si se mantiene que lo absolutamente absoluto es la fuerza misma de la libertad, el problema es que no hay potencia sin resistencia y, por consiguiente, tampoco desde ese punto de vista es absoluta. En fin, la libertad absoluta –por lo menos, la humana– no resulta realizable.

La idea de igualdad absoluta, llevada a sus últimas consecuencias, es también una imposibilidad, pues al no ser identidad, supone el absurdo de dos realidades absolutamente iguales menos en su existir mismo, pero ello haría imposible cualquier relación y, así, la idea misma de igualdad. La incomunicabilidad absoluta es ilógica.

Mirada la cuestión de una forma complementaria, la libertad absoluta no debe responder a nadie: es esencialmente irresponsable; y la igualdad absoluta supone que puede evitarse toda relación de subordinación. Es insensato. Lo que resulta es la utopía igualitarista individualista, la nunca satisfecha “revolución democrática”. En ella sigue hasta hoy inmersa la política (también la chilena), con todos sus dislates y perjuicios.

LT latercera.com

Declaración de intereses en
www.grupocopesa.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesa S.A.

Atención a suscriptores
en sucursal virtual:
<http://sucursalvirtual.latercera.com>



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 72

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus objeciones al contenido o
cobertura del diario a
lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a:

✉ Email: correo@la.tercera.com
📍 Avenida Apoquindo 4660, Santiago.
La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos y ajustarlos conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
descalificaciones. Las cartas recibidas no
serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

El futuro de Alemania

Javier Sajuria
Profesor de Ciencia
Política en Queen
Mary University of
London y director de
Espacio Público



Las elecciones en Alemania durante el fin de semana van a tener una serie de interpretaciones y, probablemente, un desenlace que demorará semanas en concretarse. Para algunos, es el triunfo de la ultraderecha representada por el partido AfD, que obtuvo el 20% de los votos. Con ello, se convierten en la segunda fuerza del país, lejos de sus números marginales de hace una década. Pero, para otros, es la reivindicación de que el rechazo a las ideas de ultraderecha se está cristalizando en un entorno donde los temas

principales en la agenda son, precisamente, los que alimentan su crecimiento. Ambas interpretaciones tienen asidero.

El resultado puede leerse como rutinario en la Europa Occidental durante los últimos años: partidos cristianos que pierden terreno y que se vuelven el refugio de generaciones más viejas, jóvenes movilizándose hacia los extremos, aumento en la brecha de preferencias entre hombres y mujeres, y mayor fragmentación partidaria. Todo esto en un país que está en plena recesión económica y donde la inmigración se ha convertido en uno de los temas más comentados de la agenda.

Si bien la Unión (el grupo conformado por la democracia cristiana nacional y el socialcristianismo de Bavaria) logró la mayoría, obtuvieron uno de sus peores resultados históricos. El partido que dominó la política alemana por dos décadas de la mano de Merkel, ahora está liderado por su archirrival, Friedrich Merz, en una posición alicaída. Aunque Merz fue rápido en aclarar que no gobernará con la ultraderecha, los votantes castigaron sus acercamientos durante la campaña. Esto demuestra, una vez más, que la estrategia de tratar de apropiarse de las posturas de la derecha extrema solo los beneficia a ellos, normalizando sus ideas y convirtiéndolas en

aceptables en el discurso político.

El desafío, entonces, es cómo la Unión va a poder formar un gobierno que se enfoque en las necesidades de la gran mayoría de los alemanes y no en posicionarse simplemente como alternativa o en contraposición a la ultraderecha. Y ese es principalmente uno de los desafíos de las fuerzas democráticas en el último tiempo. La excesiva atención en responderle a la ultraderecha los ha vuelto en los protagonistas del ciclo político, y le ha quitado tiempo y energía a los partidos tradicionales para atender a las necesidades más urgentes de la ciudadanía en medio de una crisis económica y de seguridad. De paso, le han permitido a la ultra ser aún más ruidosa en promover mensajes de odio. Merz debe buscar construir un gobierno de mayoría en torno a un proyecto, no en rechazo a otro.

Por último, el futuro de Europa en medio de una crisis de seguridad y una guerra dependiente de la estabilidad de Alemania. Con un gobierno débil en Francia y la renuncia de Estados Unidos a asegurar la seguridad europea, la política alemana se vuelve clave. A pesar de los deseos de Trump, los resultados apoyan la construcción de una Europa más fuerte, en abierto apoyo a la defensa de Ucrania. No tan buenas noticias para Putin y su aliado.